moradas, intemperie

Rafael Fauquié

“El que cierra los ojos se convierte en morada de todo el universo./ El que los abre traza las fronteras y permanece a la intemperie”, dice Olga Orozco.

En alguna parte de su obra, dice el novelista Graham Greene: “ser humano es también un deber”. Un deber que, esencialmente nos conduce a la más digna consecuencia de nuestros aprendizajes: el reconocimiento y aceptación de nuestra realidad: perspectiva personal que suma miradas, sueños, elecciones, comprensiones, memorias, temores, proyectos… Perspectiva que describe un sentido de continuidad y crecimiento en nuestro tiempo.

Todo cuanto nos ha sucedido y nos sucede ***significa***, contribuye a hacer de nosotros lo que hemos sido y somos. Todo forma parte de esa realidad que es la nuestra: historia personal donde tienen cabida también lo deseable, lo ilusorio, lo esperanzador. Junto a lo que nos rodea, lo que quisiésemos que nos rodease; al lado de nuestras experiencias vividas, los espejismos de los que no podemos separarnos; cercanos a memorias y referencias, los sueños, las esperanzas, las ilusiones… Todo es parte de nuestra perspectiva, de nuestra sabiduría de vida.

En una entrevista concedida a Octavio Paz, el poeta Robert Frost, menciona la necesidad de mantener vivo “el deseo de internarse en lo desconocido y el deseo de quedarse a solas con uno mismo.” Doble intención de un mismo propósito: construir un camino siempre cercano a los espacios –a veces amplias superficies, a veces profundos y confusos escondrijos- de nuestra conciencia. Internarnos en lo desconocido apoyándonos en eso que fuimos eligiendo, conociendo, valorando; apegándonos a verdades parecidas entre sí porque todas se relacionan con eso que somos y eso que creemos; respondiendo nuestras preguntas necesariamente apoyados por la curiosidad y alejados de la amenazante indiferencia.

La curiosidad hace de cada individuo un aventurero en pos de sus sueños y sus búsquedas. Es fuerza que lo proyecta fuera de sí mismo, más allá de sus ahoras y hasta esos lugares donde residen para él la promesa y la ilusión. Su mayor reto: permanecer curioso, abierto siempre a nuevos aprendizajes y saberes; conservando inalterable la intención de iniciar proyectos, de continuar aprendiendo…

Opuesta a la curiosidad, la indiferencia es vacuidad y conformismo, pasividad estéril, apatía y desinterés, inercia e inconsistencia. La indiferencia rutiniza gestos y pasos, visiones y actos. Iguala rostros y comportamientos. Rasa acciones y destinos. Desvanece iniciativas y descubrimientos. Inmoviliza al indiferente clausurándolo dentro de estrechos límites y haciendo de su entorno estéril escenario sin finalidad ni significado. El indiferente es un ser desdibujado. Condenado por voluntad propia a la resignación y al desinterés, es incapaz de comprometerse. No se compromete porque ni cree ni valora.

Curiosidad o indiferencia: moverse en el sentido de la una o de la otra, actuar de acuerdo a la una o a la otra. El curioso, llevado por su necesidad de entender, imagina rumbos para sus pasos y horizontes. El indiferente, ciego y sordo a cuanto no sea su inmediata instantaneidad, sobrevive en medio de una errabundez de ahoras, rodeado de hábitos y comportamientos siempre iguales a sí mismos.

Al curioso le es impensable no responder a las interrogantes que lo acosan. El indiferente, sumergido en la imitación de muchos lugares comunes y muchísimos gestos reiterados, permanece al margen de casi todo. Mientras el curioso no cesa de indagar en su tiempo, el indiferente se resigna al sinsentido de su tiempo.

Curiosos, siempre curiosos, nos aventuraremos “en lo desconocido”, pero necesariamente cercanos a nosotros mismos, a nuestra experiencia, a nuestra memoria. “La nuestra –ha dicho Octavio Paz- es la primera época que se apresta a vivir sin una doctrina meta histórica; nuestros absolutos –religiosos o filosóficos, éticos o estéticos- no son colectivos sino privados.” Nuestros absolutos pertenecen, cada vez más, a la esfera de lo individual. Postulan respuestas muy cercanas a esas experiencias que nos ha tocado vivir. Hablan de recuerdos y esperanzas, de vocación y proyectos de vida, de sentimientos y emociones, de aprendizajes e ideales; en suma: de tiempo individual.

La desconfianza hacia los absolutos viene de muy antiguo en nuestra cultura occidental. Ya en sus *Confesiones*, San Agustín recomendaba a los hombres no perderse en la indescifrable vastedad de los afueras, sino más bien orientarse hacia el propio mundo interior. Muchos siglos después, Miguel de Montaigne propuso en sus *Ensayos* mirar y entender siempre desde la propia experiencia y, sobre todo, desde la propia ética.

Montaigne, un pensador moderno que se esforzó por mostrar a los seres humanos que la razón existía para ayudarlos a entenderse a sí mismos y desde sí mismos, volvía una y otra vez en sus escritos al viejo dicho de Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”. Lo que, en modo alguno, suponía afirmar que el hombre fuese el centro de todo sino que, una vez que el destino humano había dejado de reposar en la voluntad de un Dios todopoderoso e inalcanzable, las grandes preguntas de los hombres solo podrían respondérselas ellos mismos. Era el comienzo de un nuevo saber para la Humanidad: menos grandilocuente, más vulnerable; emparentado con sentimientos de soledad y, sobre todo, con la terrible, con la desoladora sospecha del sinsentido de la existencia.

Sobre uno de los más antiguos y profundos absolutos del ser humano: la fe en lo divino, recuerdo el certero consejo de Rilke en la sexta de sus *Cartas a un joven poeta*: buscar a Dios depende de cada voluntad individual. La idea misma de una deidad deja de ser referencia absoluta para convertirse en algo mucho más “humano”: creación o respuesta de una persona ante su vulnerable soledad, una consecuencia de su desamparo o su temor. En fin, Dios -¿dios?- existe, esencialmente, en la conciencia de cada individuo. ¿Nos resulta Dios necesario? Entonces busquémosle. Hagamos nuestros mayores esfuerzos para encontrarlo e incorporarlo a nuestra realidad personal. De lo contrario, acaso en su lugar nos basten esos aprendizajes propios que nos fueron conduciendo hacia razones y verdades que hemos llegado a considerar irrefutables.

Sin embargo, y de manera absurda, en nuestro tiempo occidental aún escuchamos frecuentes vociferaciones encargadas de proclamar absolutos ideológicos. Contemplamos, así, el reiterado espectáculo de ideólogos promotores de sistemas de pensamiento garantes de felicidad colectiva, preconizadores del sentido y la lógica de la historia; seres embarcados en la aventura de esclarecer el pasado y el porvenir humanos gracias a ideologías demandantes de credulidad y, sobre todo, de obediencia. Propagandistas lamentables de poderes que los alimentan o alientan, estos “pensadores” suelen encarnar en dos seres opuestos: el sumiso esclavo o el brutal verdugo; bien esclavos de alguna doctrina o rostro gobernante, bien verdugos de sus propios conciudadanos: desenlaces contrarios de consecuencias igualmente deshumanizadoras.

Inconcebible resulta que personas que debieran permanecer cercanos a verdades surgidas de su tiempo y de su camino, terminen míseramente reducidos a la condición de divulgadores de tesis sobre la incapacidad humana para enfrentar la vida por ella misma. A la palabra del verdadero pensador, eterno aprendiz de la vida, se opone el soliloquio de ideólogos que actúan en favor del adocenamiento de muchos. Lo que desmentiría su condición de creadores imposibilitados -paradójicamente puesto que se consideran a sí mismos pensadores- de pensar por sí mismos. Solo la afirmación de lo individual, el respeto a la libertad y la dignidad de la persona humana, lograrán enfrentar la inhumanidad de sistemas de pensamiento dogmáticos y alienantes.

Es difícilmente predecible el tiempo construido por los hombres; y es grotesco predicar a éstos solitarias verdades, y, muchísimo más grotesco aún, relacionar dichas verdades con algún rostro humano o algún determinado partido político. Existen y existirán siempre seres muy mal avenidos con ciegos acatamientos: individuos empeñados en obedecer a sus intuiciones, a entenderse con su memoria y dispuestos a no abandonar nunca ciertos sueños. Personas apoyadas, por encima de cualquier otra cosa, en su libertad; y que, frente a toda impuesta alienación, se acogen al refugio de su conciencia.